

Por eso Londres le llamó *El Cardenal de los pobres*. Y son sobre todo los pobres los que, por la sinceridad de su dolor, están convirtiendo su muerte en apoteosis. Cuando todos los periódicos de Inglaterra le están dedicando conmovedores estudios; cuando en todos los púlpitos los predicadores protestantes celebran con veneración la memoria del prelado católico; cuando la Corte, las Magistraturas, las Academias, las Asociaciones prestan a su féretro la pleitesía tradicional de las flores, se trata de una sociedad muy culta y consciente que lamenta la pérdida de un ciudadano grande por el saber, por la virtud, por la energía civilizadora. Pero cuando de todos los barrios humildes de Londres acuden multitudes al Palacio Episcopal a contemplar por última vez en la capilla ardiente donde reposa al viejo cardenal de los pobres; cuando millares de obreros, en una reverente procesión que se extiende por tres leguas de calles, acompañan a su sepelio; cuando mujeres trabajadoras y niños van a ofrendar ramos de flores silvestres sobre la tierra que le cubre,—es un pueblo que llora a su buen amigo, al padre que vivió para hacerles bien, y por el bien que les hizo subió al cielo. Hoy ya no es el Papa quien canoniza, sino el pueblo. Y en este momento, en pleno siglo XIX, Inglaterra, que fué antaño la tierra de los santos, y donde tan intensa y pura se conserva la emoción religiosa,—está creando y consagrando a un santo.

1892.

XV

EUROPA EN RESUMEN

De todas las cinco partes del mundo, Europa, a pesar de estar tan gastada, sigue siendo, indiscutiblemente, la más interesante; y sólo ella, entre todos los continentes, constituye, en realidad, un continente general de instrucción y recreo. No tiene (es cierto), como su madre Asia, esa espléndida diversidad de razas, de instituciones, de mitologías, de arquitecturas, de trajes, de ceremoniales que ofrece a los ojos maravillados del artista, desde Jaffa hasta Yeddo, y desde Ceilán hasta el Thibet, un incomparable tesoro de formas y de colores; nosotros aquí somos todos indogermánicos, usamos todos el mismo sombrero de copa alta, vivimos todos dentro de las mismas paredes de estuco, y el tono de nuestras multitudes es el mismo uniforme y parduzco. No tiene tampoco, como Africa, la irresistible seducción de lo Desconocido, de un vasto suelo que los africanistas afirman que está lleno del divino oro; aquí no hay monte o valle del cual no se hiciese ya una fotografía o una descripción en las Guías Bedøker, y de oro no poseemos ni una partícula; todo es papel-moneda. Tampoco podemos, como América, ofrecer al diletantismo crítico el sugestivo espec-

táculo de pueblos viejos transportados a un terruño nuevo, y ocupados unos, en el Sur, en construir con ansia un orden social que se les deshace constantemente entre las manos; otros, en el Norte, en unificar tanto el orden material y mecanizar tanto la vida, que sólo con poner el dedo sobre un botón el hombre pueda, según la necesidad especial de la hora, tomar un baño o constituir familia. Nosotros, aquí en Europa, aun conservamos nuestra antigua y desdichada estructura social, burgueses por arriba y plebeyos por abajo, que de vez en cuando nos zambullimos entre sangre y lodo, y nuestras comodidades materiales están tan atrasadas, que en invierno, cuando el Nordeste sopla, aún hay hombres de genio que cuelgan las levitas delante de los resquicios de las puertas. No existen tampoco en esta pobre Europa, como en Oceanía, esas maravillas de la Naturaleza, que son, a lo que parece, las obras más originales y más fuertemente inspiradas del gran paisajista que está en los cielos... Hoy toda Europa, desde la costa del Atlántico hasta la frontera de Tartaria, forma una masa compacta de casas y faroles de gas.

Y sin embargo, esta es la parte más interesante del mundo—la única interesante en verdad—, porque conserva preciosamente ese radiante don de la raza aria, que yo llamaré la fantasía. El mundo sólo vale por el hombre: las más estupendas obras de la Naturaleza, el Niágara, el monte de cristal color de rosa de Nueva Zelanda, esos bosques del Amazonas—de los cuales Darwin, ya anciano, se acordaba con asombro—son menos merecedores de nuestra admiración consciente que el simple cerebro de un pobre alfarero que modela, encorvado sobre el barro, la curva de un vaso liso. Pero el hombre sólo vale por la fantasía; y los negros

de Africa, que se cuentan por millones, pesan menos en el mundo que, no diré ya un Balzac o un Wágner, sino un desarrapado poeta de café-concierto, rimando una cancioncilla en un cuarto piso de la *Rue Taitbout*.

Ahora bien: de todos los hombres, sólo el europeo posee verdaderamente fantasía—quiero decir la facultad de *ser* o de *crear* con genuina originalidad. Sólo él pone fantasía, no sólo en su obra, sino también en su vida. Fantasía que, tal como aquí yo la entiendo, va en cuanto a la obra, desde el *couplet* rimado en la *Rue Taitbout* hasta el sistema de filosofía concebido en Koenigsberg; y va en cuanto a la vida, desde ese inglés que, para no ver a sus semejantes, construyó un palacio debajo de la tierra, hasta Tolstoi, artista y príncipe, que, por espíritu de comunismo evangélico, guarda los puercos de sus aldeanos y mendiga por los caminos.

De suerte que, bajo el impulso de esta fantasía, siempre viva y siempre operando en este decrepito continente, todos los días hay en la esfera del pensamiento o de la acción alguna cosa nueva, inédita, rara, sugestiva, pintoresca, que seduce y retiene.

Por eso Europa es sobre nuestro globo el más delicioso de los teatros públicos. Dentro de sus amplios bastidores de mar y cielo, representan diez y seis naciones, algunas superiormente inteligentes. El telón nunca baja; y en cualquier momento que llegue el hombre de otros continentes, tiene la certeza de entretenerse magníficamente con lo que en el escenario *se está diciendo* o *se está haciendo*. Constantemente se desenvuelve ahí alguna escena de esas viejas y siempre rehechas tragicomedias, que se llaman *la Política*, *la Religión*, *el Dinero*, *la Sociedad*. Y bien sea un poeta que dice su poema, o una ciudad en fiesta que aclama a su héroe, o sólo un excéntrico que lanza su excen-

ciudad, el hombre de otro continente que se detenga y atiende, con certeza recogerá una noción o una emoción, un motivo para ir pensando o un motivo para ir riendo!...

Pero, por lo mismo que Europa es el continente más interesante ¿es también el más habitable? No. A más de que el clima está echado a perder, de que las casas son pequeñas y tristes, de que el vivir se hizo ultracarrísimo, y de que el intenso rumor y movimiento de la comedia fatiga los nervios; sucede también que Europa, vista por dentro, como todos los teatros entre bastidores, no produce ilusión, y, por lo tanto, no causa placer. Las civilizaciones muy brillantes y las funciones de magia son para contempladas desde lejos, a través de la vibración luminosa de la batería. Subiendo al tablado, vemos en seguida que el mármol del palacio que nos deslumbra está pintados en cartón, y que los ondulados cabellos de oro, de que ya nos íbamos enamorando, son una peluca teñida, que costó quince *tostones* (1) en casa del peluquero. Aquel que vive mezclando a esta representación de Europa, tropieza a cada instante con la mixtificación sórdida de las cosas bellas.

De ese poeta que por la mañana nos encantaba recitando su obra, venimos a saber por la noche que es un borracho que apalea a su mujer. El heroísmo que habíamos visto aclamado en la ciudad y que nos elevó el corazón, llegamos a descubrir de aquí a poco que fué pagado con un cheque—y vemos el cheque—. No hay aquí posibilidad de ilusión, que es la fuente perfecta de todo goce.

Y el europeo termina por ser el más aburrido de los

(1) Cada *tostão* es una moneda portuguesa equivalente a cincuenta céntimos.—N. del T.

hombres; porque, moviéndose entre los escenarios y los personajes, a cada instante palpa los cartones de las bambalinas, reconoce bajo el brillo del semidiós la pelagatería del histrión (1), y comprueba, como un budista, la inanidad de todas las apariencias. Gran sentido mostró ese humorista norteamericano que, habiendo conocido en Londres a un alto estadista y a un alto poeta, se negó a conocer otros y abandonó Inglaterra diciendo: "Desde mi pobre casa de madera, en Texas, parecíanme estos hombres hechos de una substancia divina; ahora descubro que están fabricados del más ordinario de los barroes. Hombres y hechos de una fuerte civilización, es necesario verlos desde lejos. Y para conservar la preciosa facultad de admirar, voy a recogerme prudentemente a Texas."

¡Justas palabras!...

En efecto, para saborear sin desilusión esta tan interesante Europa, es necesario estar lejos; en Texas o en cualquier otra parte, más allá de los mares. El ideal (pienso yo) sería habitar, por ejemplo, en el Brasil (luego que ahí haya un poco de orden y de juicio público), bajo un cielo que no tenga, como el nuestro, el peso y la melancolía de un techo ahumado de hollín, dentro de una casa que no parezca, como las nuestras, una jaula forrada de terciopelo y de microbios; junto a un agua que no corra, como la nuestra, a través de caños pútridos; en un aire que no resuene, como el nuestro, con los estrepitosos y groseros ruidos de un materialismo desordenado; y ahí, en alegría y paz abundantes, bajo las magnificencias de la luz natural, dentro del sosiego fresco, en una poltrona, fumando un cigarro que

(1) *Pelintrice*, sustantivo derivado del adjetivo *pelintra*; es palabra muy portuguesa y tiene casi exacta traducción en *pelagatería*, como *pelintra* en *pelagatos*.—N. del T.

no sea de coles de Hamburgo, observar curiosamente, finamente, con vagar y diletantismo, esta nuestra Europa, en todo lo que ella *hace* y en todo lo que ella *dice*, individual y colectivamente, desde lo fútil hasta lo grande, en esta infinita y tumultuosa oleada de ideas y hechos, donde la última *toilette* de Worms se baraja con la última encíclica del Sumo Pontífice, y donde Paulus (1) sobrenada al lado de Bismarck que se hunde.

Ahora bien; para que el Brasil pudiese realizar ideal tan cómodo fué para lo que creamos este *Suplemento* (2). Es el *compte-rendu* de esta famosa representación que se da en el teatro de Europa, que se envía cada semana por el vapor correo, para que el enredo y los actores puedan ser conocidos sin el cansancio, el dispendio y el tiempo consumido en surcar los mares y venir al teatro, que no es confortable ni bien ventilado y que está lleno de lazaretos!... ¡Mejor aún!... Es la representación misma, condensada en media plana de periódico, con una selección cuidadosa de sus episodios más atrayentes, de sus personajes más característicos, de sus decoraciones más vistosas y ricas. En este *Suplemento* va el resumen de una civilización. Y toda ella se saborea de este modo en lo que tiene de más bello y de más fino; sin el desconsuelo de sorprenderse perpetuamente con la ruda realidad de su farsa... Si Europa—como dice no recuerdo qué afectado poeta alemán—es en el mundo el *Jardín de la Inteligencia*, enviamos para ahí, Brasil dichoso, un ramillete de sus

(1) Famoso cancionista francés, muy en reputación en la época (1892) en que Queiroz escribía esto.—N. del T.

(2) Este artículo fué escrito para el *Suplemento* de la *Gazeta de Noticias*, importante periódico de Río de Janeiro, donde Eça colaboró muchos años.—N. del T.

mejores flores, de modo que puedas regalarte con el encanto de sus colores y la armonía de sus perfumes, sin tener que descender al jardín y sufrir su humedad, sus espinas, sus lagartos y sus guijarros.

No sé cuál de estas dos imágenes te agrada más. ¿Es Europa un teatro o un jardín?... ¡Si es un jardín, recibe, como diría Virgilio, la brazada de lirios!... ¡Si es un teatro—*plaudite, cives!*

1892.

Los espíritus serios de París y hasta los tontos (que descubrió una sombra en la / de las figuras) han mostrado en estos últimos tiempos y tal vez cuando una preocupación ansiosa respecto de la "mochada de las escuelas".

De este nombre colectivo, marcando clase y casta, se revisten dos o tres mil muchachos, truidos y bien afañados, que en el Barrio Latino, en el País de la Bohemia, frecuentan las escuelas y, sobre todo, las escuelas. No les acausa de esta frecuentación más es pecialmente festiva, porque desde Descartes y Spinoza la cervesa fué siempre una compañera y una inspiradora de la Filosofía. Solamente nota (y como un mérito de sus años ágiles) que se dedican su atención al libro, consagran su entusiasmo al book; y hay así en todos sus actos y palabras, a más de mucho raciocinio, mucha cervesa. Por cervesa entiendo el impulso y la plenitud de la sangre caliente. En todo caso, si algunos permanecen razonablemente en los bancos de la cervesa cuando se trata de los trabajos que la escuela da.